

Alberto Manguel
Maimónides
Fe en la razón

Traducido del inglés por
Carmen Criado

Alianza editorial

Índice

Prefacio.....	11
1. La figura de Maimónides.....	19
2. Al Ándalus.....	27
3. Norte de África y Palestina.....	42
4. Egipto.....	47
5. Maimónides médico.....	55
6. Maimónides estudioso.....	67
7. Maimónides filósofo.....	73
8. Maimónides creyente.....	91
9. ¿Cómo se debería vivir?.....	99
10. Lecciones del éxodo.....	107
11. El Talmud.....	111
12. La Ley.....	118
13. El <i>Mishné Torá</i>	130
14. <i>Guía de perplejos</i>	144
15. ¿Qué es la virtud?.....	167
16. Leer a Maimónides.....	174
Conclusión.....	220

Notas.....	225
Índice onomástico	245
Principales obras de Maimónides.....	265
Obras de filosofía y teología	265
Obras científicas.....	266
Correspondencia.....	266
Agradecimientos.....	267

Prefacio

Acuérdate de los tiempos antiguos, considera los años de muchas generaciones; pregunta a tu padre y él te mostrará, a tus ancianos y ellos te dirán.

Deuteronomio 32: 7

A comienzos de 2015 mi editora de Yale University Press me sugirió que escribiera, para la serie «Vidas judías» que dirigía, un volumen sobre Mosé Maimónides. Yo tenía una vaga idea acerca de quién era Maimónides (un gran filósofo, un gran legislador, un gran médico), y recordaba el curioso título de su *Guía de perplejos*, pero poco más. Pensé que Maimónides podría adecuarse a mi permanente estado de perplejidad.

Ese mismo año había dejado mi casa en Francia, había embalado mi biblioteca y había enviado las cajas de libros al almacén de mi editor de Quebec en Montreal. Acepté dos puestos de profesor en Nueva York (una ciudad en la que nunca había vivido), me instalé en el pequeño apartamento de un profesor que disfrutaba de un año sabático y empecé a planear mi lectura de Maimónides. Obtuve un carné de lector en el Centro de Historia Judía de Manhattan, revisé los estantes dedicados al judaísmo en la librería Strand y conseguí un permiso para sacar en préstamo libros de la biblioteca de la Universidad de Columbia. Empecé a leer varias biogra-

fías de Maimónides, historias de Al Ándalus, del norte de África y Egipto, libros sobre filosofía árabe, libros sobre el Talmud y la ley judía e historias de la medicina medieval. Cuanto más leía, más se ampliaba el tema.

Pertenezco a una familia judía, pero no supe que era judío hasta que tenía ocho años, cuando, a consecuencia de un incidente antisemita, tuvieron que explicarme la desconcertante acusación de un compañero de clase abusador que me había dicho: «A tu padre le gusta el dinero, ¿verdad?». Un tío abuelo muy anciano, el hermano de la madre de mi padre, me dio unas cuantas lecciones con el fin de prepararme para mi *Bar Mitzvah* y aprendí de memoria unas palabras que balbuceé en la sinagoga el día en que cumplí los trece años. Todavía recuerdo las palabras *Baruch atah Adonai, Eloheinu melech ha'olam*, que, como descubrí muchas décadas después, son las que dan comienzo a la *Shehecheyanu*, la oración de agradecimiento judía. Si todavía supiera de memoria esa oración, la recitaría agradecido varias veces al día.

Maimónides fue educado en una sociedad en la que varias culturas mantenían un constante diálogo, áspero a veces. La comunidad islámica, la judía y, en menor grado, la cristiana interactuaban y aprendían una de otra. E incluso cuando la política religiosa obligó a Maimónides a abandonar Al Ándalus (su amado Sefarad) para exilarse en el norte de África, luego en la Palestina cristiana y finalmente en Egipto, nunca dejó de aprender de las culturas que encontraba, tanto en el campo de la religión como en el campo de la filosofía y de la medicina. Era un hombre muy práctico: adoptó la medicina como profesión cuando fracasó el negocio familiar (al igual que Sócrates, creía que no era ético que un maestro cobrara por enseñar), y en su *Epístola sobre la conversión* (llamada

también *Epístola sobre el martirio* o *Carta sobre la apostasía*), *Iggeret ha-Shemad*, disculpa a los que se convierten para salvar la vida, afirmando que Dios nos exige vivir, no morir, por nuestra fe.

Todo judío, desde los tiempos del Éxodo, es, hasta cierto punto, un hombre errante, y aunque la historia del errante eterno es, para escritores tan distintos como Homero, Dante, Camões y Joyce, un símbolo de toda vida humana, para un judío esa leyenda está contaminada por la experiencia de la persecución y el sufrimiento nacidos de un odio ancestral e irracional hacia los inventores del monoteísmo. Pero la vida errante no siempre se debe a la persecución. En mi caso, ciertamente, no ha sido así, y los muchos lugares en los que he vivido nunca me han parecido moradas obligatorias, sino que he llegado a ellos, por diversas razones, como resultado de elecciones deliberadas. Sin embargo, después de leer acerca de la peregrinación de Maimónides, me identifiqué con la experiencia de un cambio constante de paisajes, voces, costumbres, lenguas y cielos. A menudo me he preguntado cómo me afectaban esas metamorfosis, hasta qué punto un cambio de vocabulario, de convenciones, de tono y de estilo transformaba mi forma de pensar e interpretar. Descubrí que, en el caso de Maimónides, estos cambios enriquecían su pensamiento a través del contacto, por ejemplo, con la ciencia de la astronomía en Sevilla (posiblemente), los sistemas legales islámicos en Marruecos, la política cristiana en Palestina o la medicina árabe en Egipto. Pero sus libros de cabecera seguían siendo los mismos: la Torá, con sus seiscientos trece mandamientos de la ley judía, y los dos Talmuds, el de Jerusalén y el de Babilonia. Lo que cambiaba era su diálogo con esos textos a través de sus nuevos conocimientos, un diá-